

GAZETA DE MADRID

DEL DOMINGO 9 DE AGOSTO DE 1812.

HUNGRIA.

Buda 3 de junio.

Las últimas cartas de las fronteras de Turquía no contienen ninguna noticia importante; pero confirman las que hemos anunciado ya sobre el movimiento general de los ejércitos turcos. El de la Bulgaria meridional, que es el mas considerable, y está destinado á obrar por la parte del Danubio, va avanzando aunque lentamente para dar lugar á que lleguen y puedan reunirse los refuerzos que vienen del Asia, de los quales algunos han pasado ya de Andrinópolis. Sin embargo de que el número de tropas que estan á las órdenes del gran visir es en el día mayor que el de las rusas, parece que el gefe otomano no emprenderá tan pronto ninguna operación importante hasta tener reunidas todas sus fuerzas, á fin de asegurar los resultados de esta campaña. Tampoco será extraño que el gran visir esté en expectativa del resultado de las disposiciones y preparativos hostiles que se hacen en el norte de Europa. Por lo pronto esta sola circunstancia, aun sin haber llegado el caso de un rompimiento, ha producido ya una diversion muy favorable para los turcos; porque los rusos se han visto precisados á llamar muchas de las fuerzas que tenían en el Danubio para trasladarlas á las fronteras occidentales de su imperio. De las provincias de Valaquia y Moldavia solamente han retirado mas de 300 hombres, que no han sido reemplazados. De consiguiente el ejército ruso opuesto al de los turcos se ha debilitado notablemente, al paso que el de los otomanos no ha cesado de recibir refuerzos. Asi que, las probabilidades todas estan en el día á favor de los turcos, mucho mas teniendo un gefe como el actual gran visir, el qual ha dado pruebas de inteligencia y de prudencia, y que nada quiere aventurar á la suerte.

SUIZA.

Lausana 2 de junio.

El establecimiento de Hofwyl, dirigido por el señor Fellemberg, no solo debe de mirarse como un establecimiento de agricultura, sino tambien como uno de los mejores colegios de educacion que hai en la Suiza.

El fin que se propone el señor Fellemberg en su establecimiento es hacer que los discípulos sean hombres felices y útiles á la sociedad. Para conseguirlo cultiva con todo esmero las facultades in-

tellectuales de sus alumnos por medio de una educacion esencialmente moral y religiosa. Tiene dividido su establecimiento en dos clases; la una para los ricos, los quales en atencion á sus mayores relaciones y obligaciones deben recibir una educacion mas extensa y mas liberal; y la otra para los pobres, los quales deben recibir una educacion tal que les asegure su subsistencia, y por consiguiente debe ser mucho mas limitada.

De la primera clase hai 17 niños desde ocho hasta 13 años, que habitan una casa inmediata á la principal, de cuyo aseo y limpieza cuida una muger. En la misma casa vive con los alumnos un profesor jóven, que está siempre con ellos hasta en las horas de diversion, tomando él mismo parte en los juegos como si fuese uno de ellos. Hai ademas en este instituto elemental otros dos profesores, un maestro de música y otro de dibujo, de modo que en él se aprende todo lo que constituye una educacion liberal. Los profesores y el señor Fellemberg cuidan de seguir y adoptar los métodos mas simples; y asi desde que el célebre profesor Herbart ha puesto en uso el enseñar el griego antes que el latin, y que la experiencia ha demostrado que los niños hacen mas progresos en esta lengua, y que leen con sumo gusto á Homero, se ha adoptado este método. Tambien se sigue algo del de Pestalozzi para aprender á contar, y habituarse á los elementos de las formas, lo qual sirve de introduccion para estudiar las matemáticas.

La teoría de la música es una parte esencial de la educacion que se recibe en este establecimiento, y todos los alumnos aprenden á tocar el instrumento que mas les agrada. El estudio de la historia natural y de la botánica se mezcla con otros mas serios, y el arte de la jardineria y de tornear les sirve de distraccion. En todos sus juegos y diversiones se procura ejercitarles la vista y la atencion, y se les enseña el manejo de las armas de fuego y del arco, y todos los ejercicios corporales que pueden hacerlos ágiles y fuertes.

El señor Fellemberg asiste quando comen: dos hijos que tiene estan en clase de alumnos lo mismo que los demas; pone sumo cuidado en inspirar á todos confianza, y en que sean veraces é íntegros, y lo ha conseguido completamente, gracias al cuidado que ha tenido en la eleccion de los maestros.

En este establecimiento no se valen de ninguno de los medios acostumbrados de estímulo y de reprehension. No hai ni primero, ni último, ni premios, ni vales, ni castigos corporales. En lugar de esto el profesor que hemos dicho que está siempre con los alumnos, lee el sábado de cada semana, en

presencia de todos ellos y del señor Fellemborg, una especie de recapitulacion de la conducta de cada uno, especificando así lo bueno como lo malo. El tono firme y suave al mismo tiempo del profesor con que acompaña sus reprehensiones y exhortaciones, hacen una gran impresion en todos los alumnos. El único castigo que se usa para conservar la actividad del trabajo es aumentar la tarea en las horas de diversion. En la recapitulacion que hace el profesor cuida no olvidar ni la mas mínima cosa que merezca elogio ó reprehension. Pero los alumnos tienen libertad de justificarse; se les escucha con paciencia, y se les reprehende con dulzura; de modo que no ceden á la autoridad, sino á la persuasion, á la confianza, al ascendiente de la verdad, y á la opinion de sus mismos camaradas, la qual siempre está bien dirigida, porque estriba sobre buenos principios.

Quando se sigue una regla invariable en la distribucion del tiempo, y en todos los pormenores de la vida, no se necesitan castigos ni reprehensiones. Los niños se creen libres, porque solo obedecen á la fuerza de las cosas, y de ningun modo al capricho ó antojo del que los dirige. Sin necesidad de oprimirlos, conocen por sí mismos los buenos efectos del orden, y se habitúan con gusto á él. No se hacen desconfiados, sino ántes por el contrario son francos y sinceros, y son felices porque conocen que los aprecian. Si alguna vez cometen alguna mala accion propia de su edad, se van ellos mismos á acusar; porque una confesion ingenua saben que los liberta de ser reprendidos, y quedan con honor entre sus camaradas.

Una de las cosas mas notables de este establecimiento es el espíritu de cuerpo que reina entre todos los alumnos para hacer el bien. Siempre estan unidos quando se trata de castigar ó reprehender alguna mala accion de alguno de ellos, pero nunca para justificarla ó defenderla; y esta misma union se advierte entre todos los profesores.

El señor Fellemborg para facilitar la educacion é impedir que se introduzca algun vicio entre los alumnos, no admite á ningun niño hasta que el último que ha entrado ha perdido todos quantos malos resabios puede tener, y se ha acomodado en un todo al régimen del establecimiento.

Acaso no existe en ninguna parte un establecimiento de educacion en que se haya sabido unir tan bien el trabajo con la diversion, la libertad con el orden, y en el que los niños tengan tantas ocasiones de prepararse para vivir en el mundo. Van muchas veces en compañía del señor Fellemborg á las casas mas decentes de Berna. Con motivo de los muchos viajeros de todos los países que vienen á visitar este establecimiento, los niños tienen un trato continuo, y se puede decir que siempre estan viajando.

DE NUESTRO ESTADO, NUESTROS MALES, Y SU SEGURO Y UNICO REMEDIO. (Véase la gazeta de ayer.)

Incorruptam fidem professis,
nec amore quisquam, et sine odio dicendus est.

TACIT. Hist. lib. 1. cap. 1.

Yo me acuerdo bien del principio de nuestras

desgraciadas turbulencias, y qualquiera un poco detenido pudo entonces y debió prever el abismo que se abría á nuestros pies. El alucinamiento ha sido nuestra fatal divisa. ¡Qué entusiasmo, qué exaltacion no se apoderó en un momento de quasi toda la nacion! Los pocos hombres reflexivos, que sin dexar por esto de ser buenos españoles, veian en el silencio de su prudencia á la necesidad imperiosa derrocando una dinastía, y substituyéndole otra; los que conocian por la historia que todos los gobiernos han tenido su término; que estas mudanzas han sido aun mas frecuentes entre nosotros, señoreados y regidos siempre por extraños, desde la mas remota antigüedad en que nos dominaron los fenicios hasta la guerra de sucesion, en que el primer Borbon se ciñó la corona; que en el orden político, como en el de la naturaleza, degeneran y acaban unos seres para que otros les sucedan; que estas variaciones y mudanzas son inevitables, y pueden calcularse y prefixarse; que la nuestra lo estaba ya muchos años hacia, así por nuestro estado interior y posicion local, como por nuestro enlace y relaciones con lo demas de Europa; los que tenian noticia de nuestras ribiezazas, nuestras desconfianzas, nuestra conducta doble y tortuosa, nuestras disposiciones siempre hostiles hacia la Francia; que solo el miedo nos forzaba á disimular, ella las notaba y penetraba bien, y no podria perdonarnos; los que conocian nuestros desórdenes en la administracion, el déficit espantoso de nuestro erario, la quiebra indefectible en nuestra deuda pública, y la ruina con ella de un sin fin de fortunas y familias; los que lloraban por las discordias de la reinante, su ciego abandono á un favorito sin talentos, y lo imposible que era en el genio del Sr. Carlos IV el poderse levantar por un momento, y anticiparse y ponerse al frente de la revolucion que amenazaba, para dirigirla y moderarla; los que oian continuamente y en las bocas de todos, grandes, pequeños, militares, togados, seculares, eclesiásticos, descontentos, favorecidos, las terribles voces de *esto no puede durar: esto se precipita: esto se va á acabar*, y en ellas la sentencia definitiva de un trastorno; los que lloraban y temblaban por los desórdenes sin fin que este traeria consigo, y veian la salud y el bien de la nacion en solo el genio poderoso que supo acabar en Francia con la hidra de la revolucion, y podria, si la tomaba á su cuidado, hacer en paz la nuestra, y con ella nuestra felicidad; los que se complacian en secreto al ver á todos volverse hacia esta Francia, y esperar de ella y de su Emperador el remedio de tantos males; los que le oian llamar y desear, y culparle porque tardaba, y acogerse con la esperanza á su sombra y proteccion como á un asilo de seguridad; los que clamaban por una constitucion que reformase tantos abusos, decidiese tantas pretensiones, asegurase tantos derechos, acabase con tantos errores, abriese la puerta á tantas mejoras y esperanzas; los que veian, en fin, ¿y quién no pudo verlo? que echados los Borbones del trono de la Francia, era imposible que pudiesen conservar el de España y las Indias, y que esté proceder, bien que tan duro, lo reclamaban imperiosamente la seguridad futura de la misma Francia, nuestro reposo y bien estar, el interes de las naciones, y la política y las leyes de una justicia universal, superiores y de un ór-

den mas alto que las reglas estrechas del derecho privado; estos hombres, lo volvió á repetir, buenos y zelosos españoles, lloraban sobre el delirio que se apoderó de todos los demas; pero callaban y temblaban, notados, denigrados por la ignorancia ciega y apocada, espiados por la calumnia ó la malignidad, rodeados de asesinos y amenazados de sus puñales.

A los demas los inflamó un entusiasmo irreflexivo: no meditaron ni compararon nada: se agitaron, gritaron, corrieron á las armas; y creyéndose de buena fe los mismos españoles con que Carlos V avasalló la Italia, sujetó la Alemania, dió la lei á la Francia, encadenó las Américas, revolvió la Europa entera, y osó aspirar tal vez á la monarquía universal; no dudaron en medir sus fuerzas, por tantas causas quebrantadas, con las fuerzas colosales del Emperador de los franceses. Diez millones de hombres, aniquilados y sin medios, osaron afrontarse con 40, armados, aguerridos, con 20 años de lides y victorias, con recursos inmensos, y mandados por un hombre singular, tan vasto en sus proyectos, como incansable y feliz en realizarlos. La Inglaterra por nuestras posesiones de ultramar esencialmente nuestra enemiga, pero aun mas en el dia de la Francia, mostrándonos una profunda compasion para hacernos olvidar tantas injusticias y agravios como nos tiene hechos, apoderarse mas que de nuestro corazon, de nuestras Indias, y acabar de arruinar nuestra marina y aniquilar nuestro comercio; unió su causa con nuestro ciego empeño: nos dió algunos millones de los muchos que nos tiene allí; exaltó mas y mas nuestras pasiones, y nos arrastró al abismo en que hoy nos vemos.

Por todas partes no se oyó otra cosa que el nombre augusto, de la patria: hombres que ni la tenían ni la podían tener por su profesion y su instituto; los regulares, saliendo exaltados de su retiro y de sus celdas, fueron los que mas alto hicieron resonar este sagrado nombre y el de la religion. Misas, sermones, procesiones, novenas á los santos, frailes á caballo llevando enarbolado el estandarte de la fe, cruces, escapularios, profecías y milagros, de todo se echó mano en su defensa: como si esta religion no estuviese bien asegurada entre nosotros por la constitucion de Bayona: como si su espíritu y sus santos principios fuesen hoy otros que los de paz, mansedumbre, concordia, y olvido y perdon de los agravios con que se estableció y propagó: como si sus armas fuesen el puñal y la espada; ó la Francia, contra quien se gritaba, no conociese y proclamase la misma que nosotros profesamos. Pero en su nombre y á su sombra se querian sostener los antiguos abusos, conocidos, murmurados, desacreditados hasta en el pueblo, que es por todas partes el mismo, superstitioso y crédulo: las pasiones oían, el interes hablaba; y no es este nada delicado en la eleccion de los medios. Los institutos regulares vacilaban ya en la opinion de todos: la ilustracion y el desengaño habian demostrado su poca utilidad y graves perjuicios: ellos mismos habian trabajado en su ruina con sus discordias y relaxacion: sus dias eran pasados; y sin este de graciado acaso su voz expirante no hubiera sido oída.

Esta voz, que corrió en un momento por todas partes, tan grata á la credulidad como al in-

teres ó la malicia, abultó, ponderó, supuso y dió por ciertos, horrores que no hubo, matronas atropelladas, doncellas violentadas, niños de pecho llevados en las bayonetas, hostias consagradas echadas por el suelo y conculcadas, la espada del soldado degollando sin distincion, la sangre corriendo por todas partes, el fuego abrasándolo todo. Nada se ahorró ni perdonó para electrizar las cabezas, inflamar las almas y los pechos, y soplar en ellos el odio y el rencor.

No negaré por esto que hubiese al principio, y se cometan hoy, violencias, robos, insultos, atropellamientos. Volvamos el pensamiento para verlo y llorar al Portugal y Extremadura, talados, incendiados, destruidos, y hechos hoy un desierto por ingleses, españoles, franceses, naturales, extraños, quantos los han pisado y regado con su sangre ó sus lágrimas. Esta desgraciadamente es la guerra, y el soldado es devastador por todas partes. Abranse, si no, las historias; recuérdense solo las lástimas y horrores de la guerra de sucesion; y dígaseme de buena fe si el soldado de entonces era mas templado, menos desolador que el soldado del dia. Este soldado, encendido ademas con insultos y ultrages indecentes; hostigado dia y noche, y en inminente riesgo de ser asesinado donde se le halla sin seguridad; con veinte años de vida y licencia militar por toda Europa; que pisa un suelo sembrado de lazos y peligros; hace una guerra de incesante fatiga, de privaciones y sin gloria, mas bien contra bandidos que contra verdaderos militares; nada halla de buen grado; tiene que usar en todo del imperio y la fuerza; y no conoce en fin para hacerse entender ni nuestra lengua, ni nuestros modales, ni nuestras costumbres y carácter: este soldado (lo digo sin pasion) es acaso menos devastador y mas templado que fuera de esperar. Pongámonos en lugar suyo en medio de la Francia, las armas en la mano, y por nosotros la victoria: pensemos bien lo que entonces se haria: juzguémosle por nosotros mismos; y seamos imparciales.

Preciso es confesarlo aunque en desdoro de la humanidad: los hombres reunidos en estas grandes masas que llamamos ejércitos, se vuelven de hierro, como lo son sus armas: obran feroces y crueles: no respiran sino sangre y venganza; y son por donde pasan, como un torrente de lava abrasadora, que lo consume y lo devora todo. Tal es la guerra, tal ha sido siempre; y en estos males que necesariamente la acompañan, debimos pensar bien, para no empezar sin alguna esperanza de vencer, la que nos aniquila. Ahora que los lloramos y sufrimos, ¿podrán aun sernos indiferentes, para no ceder y acomodarnos, tratando de enmendar en lo posible, ya que no los pasados, los daños por venir?

Mui de otro modo fue, y aun sigue por desgracia siendo. No se pensó sino en la guerra: no se oyó otra voz que la de guerra: todos se creyeron armados, disciplinados, invencibles, porque se vieron con un fusil ó una escopeta al hombro: hombres interesados aumentaron esta ilusion, ó creyéndola en su delirio, ó fingiendo creerla. Las ciudades, los pueblos, las aldeas se inundaron de papeluchos y gazetas miserables, rellenos de indecencias y mentiras; no hubo monstruosidad que no se dixese y se creyese; los donativos, el dinero, todos los sa-

crificios se prodigaron; todos se ofrecieron á servir en el primer ardor; la nacion se creyó por un momento alzada en masa, y exercitada y aguerrida; y llegó la imbecil credulidad hasta á lisonjearse de lanzar á los franceses como á un rebaño, doblar el Pirineo, entrarse por la Francia, y talarlo y arrollarlo todo.

La infausta batalla de Bailen acabó de perdernos: sin ella el delirio hubiera sido pasajero, y á la manera de los fuegos que llamamos fatuos, que brillan y deslumbran un momento para luego desaparecer: los facciosos hubieran carecido de este fatal apoyo: no se hubieran las tropas engreído al ver en su poder las águilas francesas: los hombres desapasionados y tranquilos habrian podido levantar la voz: sus razones y ruegos se hubieran escuchado; y las virtudes y la bondad del Rei hubieran por último calmado la exaltacion, y disipado dudas y temores sobre nuestra integridad é independencia, apoyo principal, si no pretexto de la insurreccion, persuadiendo las cabezas y encadenando los corazones. Pero triunfamos una vez. ¡Quán caro nos cuesta esta victoria! ¡y cuán menos dañosa hubiera sido en lugar de un triunfo una derrota! Las consecuencias de este triunfo todos las palpamos y lloramos: ya quedan referidas; y el repetir las de nuevo y por menor, ni las minorar ni remediar.

¿Qué nos resta pues sino escarmentar por lo pasado, y despertar para lo venidero? Si siguen nuestra obstinacion y delirio, nos acabamos de perder: estamos amenazados, no hai dudar, lo estamos á mayores desgracias baxo la espada vengadora de un guerrero por tantas causas irritado. No está en sus planes ciertamente la postrer resolucion, ni en mi opinion fuera de su interes. Somos y seremos españoles, si de veras lo queremos ser; y ni una aldea se arrancará de nuestro territorio. Asi lo tiene él mismo asegurado y repetido, y vuelto á asegurar: mas tampoco olvidemos que el mayor sufrimiento tiene sus límites; y hai momentos fatales en que el honor ultrajado y el ansia de satisfacerlo pueden gritar tan alto, que hagan enmudecer á la justicia, la prudencia y aun á la mayor utilidad.

Nosotros, lo vuelvo á repetir, no podemos ni repeler, ni contrastar la fuerza de las armas francesas: hagamos hasta lo imposible, seremos sin embargo sojuzgados: de nada serviria que acabásemos con un ejército entero; otro y otro vendrian á sucederlo y á vengarlo: nuestros hombres se pierden sin poder reemplazarse, porque nuestra poblacion está arminada, y nunca ha sido grande: los franceses se reemplazan con facilidad: su Emperador dispone de las fuerzas de quasi toda Europa: sus alianzas y su nombre le dan en ella una preponderancia irresistible: nosotros estamos reducidos á solo la alianza y socorros de la Inglaterra: ya sabemos adonde llegan estos; y lo que son su política y sus ofrecimientos ya lo palpamos y lloramos en nuestras Américas.

El mismo gobierno y el mismo parlamento que envian acá sus tropas, y tanto nos inflaman para defender, como ellos dicen, nuestra integridad é independencia, proveyendonos de municiones y armas contra los franceses, se las dan tambien á nuestros colonos, para alzarse contra la madre pa-

tria, y romper los vínculos sagrados que los unen con ella. Al lado del embajador del gobierno de Cádiz estan en la corte del Príncipe Regente los enviados de la insurreccion americana; y el propio ministro que oye y negocia con los unos, escucha en seguida y negocia con el otro. ¡Caras negociaciones! que compramos con las lanas y frutos de nuestro rico suelo; ó recibiendo en cambio de los millones que nos robaran en medio de los mares, y con una mano nos dan, los percales y bujerías que pierden almacenadas, y nos presentan con la otra, ó las armas y municiones que obliga á pagarles la necesidad á exorbitantes precios. Porque no se crea, no, que los isleños ofrecen sus auxilios sin otro interes que el de ayudarnos: calcúlese bien estos y las producciones y el dinero que en retorno nos llevan, y se hallará palpable esta verdad. ¿Y aun estaremos ciegos para no ver, y convencernos de que la conveniencia, no la justicia, la generosidad, ó la franca amistad, es la que hoi dirige, como siempre lo ha hecho, los pasos y conducta del ministerio ingles?

Tampoco esta isla, marina solo y comerciante, tiene, ni puede levantar, ni aventuraria por nosotros grandes ejércitos: su constitucion se lo prohíbe; y el ciego interes, que es su regulador, no le es menos un freno hasta en el furor de sus venganzas. Atizará, como lo hace, el fuego de la nuestra: se asomará, y aparentará que se quiere internar por este ó aquel punto; pero nunca de lleno medirá sus armas con las armas francesas: no son estos sus planes: y al cabo se cansará; nos abandonará; se unirá, si le conviene hacerlo, con la misma Francia su enemiga; y nuestros mas pesados grillos nos vendrán acaso de su mano.

Bien pudimos conocer ya por otros el término fatal de todos sus auxilios y decantadas protecciones. La Holanda, la Suecia, Nápoles, Prusia, el Austria y Portugal nos lo estan enseñando. ¿Hai ni una nacion de estas á quien no haya tenido el mismo lenguaje que nos habla, lisonjeado con las mismas esperanzas con que nos exalta y envanece, y culpado y dexado y perdido tras todo esto? ¿Por qué, pues, queremos nosotros hacer una excepcion en esta regla general, y prosperar al lado y á la sombra que á tantos arruinó? ¿Son acaso mas estrechos, mas antiguos, mas íntimos los lazos que pueden unirla con nosotros, que los que tenia con la Holanda, su aliada por sangre y relaciones de comercio, y el Portugal su pupilo, su dependiente y su colonia? No nos ceguemos pues con vanas esperanzas, ni una fatal seguridad. (*Se continuará.*)

TEATROS.

En el del Príncipe, á las ocho de la noche, se representará por la compañía española la comedia en tres actos titulada la Espigadera, y un divertido sainete. Actores en la comedia: Señoras María García, Torres, Cabo y Baus. Señores Ponce, Avecilla, Suarez, Contador, Mas, Alverá y Fabiani.

En el de la Cruz, á las seis y media de la tarde, se executará la comedia nueva en tres actos, traducida del alemán, titulada Ocultar de honor movido al agresor el herido; seguirá el bolero afandangado, y se dará fin con un divertido sainete.

EN LA IMPRENTA REAL.